

El Fénix y la Tórtola

Por

William Shakespeare

Que el pájaro de canto más agudo
en el único árbol de la Arabia,
sea heraldo y clarín con su tristeza
y obedezcan su voz las castas alas.

Pero tú, mensajero vocinglero,
sucio procurador del vil demonio,
agorero del fin de nuestra fiebre,
no te acerques, jamás, a este tropel.
Que sea esta reunión, por fin vedada,

a las aves de alas dictadoras,
a excepción de las águilas solemnes:
Regúlese el rigor de estas exequias.

Que el sacerdote vista, alba casulla,
como cantor de sonos funerarios.

Sea el cisne agorero de la muerte
para que el Réquiem no falte a la cita.

Y tú, cuervo tres veces centenario,
que has creado las razas más oscuras,
con el aire que das y que has tomado,
camina junto a nuestros sufridores.

Aquí y en este instante empieza el himno:

Han muerto ya el amor y la constancia,
el fénix y la tórtola han volado
en llama solitaria de este sitio.

Siendo dos a querer, tanto se amaban
que fundieron en uno su cariño,
dos seres tan distintos, indivisos,
por la gracia de amor muerto su número.

Corazones distantes, no alejados;

distantes al mirar sin ver espacio
«entre la dulce tórtola y el fénix
consiguieron un mundo prodigioso».
Tal resplandor había en sus amores
que veía la tórtola sus bienes
flamear en los ojos de su fénix,
porque todo lo suyo era de ella.
Mas resultó la lógica violada
ya que todo lo propio era distinto
y a unión de su nombre en uno solo
no podía expresarse con un número.
Confusa la razón por ella misma
veía florecer lo dividido,
para sí, lo del uno y lo del otro
y a la vez lo sencillo y lo compuesto.
Y exclamó: «¡Este dúo bien parece
por su grata armonía una voz sólo!»
Tiene el amor razón y no la tiene
si así se identifica lo distinto.
Y compuso este canto funerario
a la tierna paloma y a su fénix,
compañeros y estrellas del amor,
como coro a su trágico escenario.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

